

ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y HEGEMONÍA EN ARGENTINA, 1955 – 1975 Y 1989 – 2015

Adrián Piva*

Introducción

En este trabajo nos proponemos exponer algunas hipótesis sobre la relación entre modo de acumulación y hegemonía en Argentina para los períodos 1955 – 1975 y 1989 – 2015. En la medida que los últimos veinte años hemos trabajado sobre dicho problema para el período abierto en 1989, en gran medida se trata de una reevaluación de esos resultados de investigación, su inscripción en una perspectiva de larga duración y la formulación de hipótesis comparativas que permitan precisar las transformaciones ocurridas entre ambos periodos.

Tratar la relación entre acumulación de capital y hegemonía presupone dos conjuntos de problemas. En primer lugar, implica todo un conjunto de problemas constituido en torno a la pregunta por las “determinaciones materiales” de la hegemonía o, planteada de modo más preciso, de si es posible establecer al nivel del modo de acumulación determinaciones, límites, a las posibilidades de construcción de una hegemonía. En segundo lugar, supone todo un conjunto de problemas constituido en torno a la cuestión de la relación Estado/acumulación o, planteada de modo más preciso, de si es posible evitar toda una serie de dificultades - surgidas una y otra vez en la literatura marxista (y también en la heterodoxa) – asociadas a la separación e interrelación Estado/acumulación. Ambas cuestiones refieren al problema más general de la separación entre economía y política y de sus relaciones.

Estos problemas refieren al nudo de las dificultades que ha enfrentado el marxismo cuando ha quedado atrapado en el dualismo base – superestructura y de las críticas que se le han dirigido. En ese sentido, es conveniente empezar por la crítica de Laclau, tanto por la influencia que ha tenido en la configuración del posmarxismo como por la agudeza de algunos de sus cuestionamientos, que apuntan en última instancia a la imposibilidad de superar esas dificultades sin abolir el dualismo. El punto esencial de la crítica de Laclau es que cualquier intento de moderar el economicismo haciendo intervenir elementos de determinación superestructural – es decir, político - ideológicos – pone en crisis el modelo

* Doutor em Ciências Sociais/Universidade Nacional de Quilmes, professor da Universidade de Buenos Aires, Argentina.

de determinación en última instancia del conjunto de las estructuras por la estructura económica. De este modo, la tendencia de los críticos marxistas del economicismo a construir modelos politicistas puede verse como una consecuencia necesaria de los límites del modelo base superestructura. El concepto de hegemonía nace según Laclau para salvar lo que era visto por muchos de los marxistas desde fines del siglo XIX e inicios del siglo XX como una relación de asincronía entre economía y política. Pero con ello dio lugar al desarrollo de una lógica de articulación contingente de identidades políticas que erosionó gradualmente el modelo de determinación base superestructura. Por lo tanto, para Laclau la salida del dualismo, como único medio de resolver las aporías del modelo base – superestructura, es idéntica al abandono del marxismo. Pero ello es así porque sigue considerando como inherente a la teoría marxista la asunción como dada de la separación entre estructura económica y superestructura político ideológica (LACLAU & MOUFFE, 2004).

Frente a este tipo de planteos, y en relación al primer conjunto de problemas, hemos propuesto un concepto de hegemonía como “forma histórica de la lucha de clases”.¹ Dicho concepto intenta, en primer lugar, recuperar su carácter histórico, es decir, como categoría producida para explicar el desenvolvimiento de la lucha de clases en determinados espacios y períodos históricos. Esto la diferencia del concepto formal y ahistórico de Laclau pero también de la caracterización poulantziana de la hegemonía como categoría correspondiente al “tipo de estado capitalista” en todo tiempo y lugar (Poulantzas 1986, 1986b). En segundo lugar, busca señalar la estrecha relación del concepto de hegemonía con el de acumulación de capital y, por lo tanto, el nexo entre crisis orgánica y potencialidad hegemónica de las clases subalternas. La potencialidad hegemónica de la burguesía depende de la capacidad de presentar su propia expansión como expansión del “conjunto de las energías nacionales” (Gramsci 1998). Es decir, de presentar las condiciones de su reproducción particular como condiciones de la reproducción del conjunto social. Existe, por lo tanto, un vínculo entre la capacidad hegemónica de la clase dominante y la reproducción ampliada del capital. En tanto la reproducción ampliada de la relación de capital es, al mismo tiempo, "reproducción ampliada" del conjunto de las relaciones entre las clases y fracciones de clase, es condición de posibilidad de la universalización de los intereses de la clase dominante. Esto depende, sin embargo, de determinadas condiciones de la acumulación que permitan compatibilizar

¹ Lo que sigue es una exposición resumida de Piva (2010).

la reproducción ampliada del capital con la satisfacción de demandas y el otorgamiento de concesiones a la clase obrera. En su teorización por Gramsci, ello habría ocurrido con el pasaje a la gran industria y a la fase imperialista. En tercer lugar, el concepto propuesto postula un vínculo indisoluble entre hegemonía y estado. La potencialidad hegemónica del conjunto de la clase capitalista y de sus diversas fracciones sólo se realiza en “formas de estado” determinadas. Por lo tanto, en el núcleo de la construcción de una hegemonía se halla la estabilización de mecanismos de internalización de la contradicción capital/trabajo mediante la captura estatal de los procesos de lucha, su internalización en mecanismos rutinizados que permitan traducir el antagonismo obrero en una lógica reformista de otorgamiento de concesiones. En este sentido, se propone a “hegemonía” como una categoría de mediación entre la “forma-estado”, como forma potencialmente inscrita en el concepto de capital, y su actualización en “formas de estado” histórico-concretas.

Dicho planteo - y ya en relación con el segundo conjunto de problemas - es cercano al desarrollado por Joachim Hirsch, que incluye la relación entre Estado y acumulación en la problemática de la producción de la separación entre economía y política (Hirsch, 1992; 2017).² Desde una perspectiva tal la separación entre estado y acumulación es una condición necesaria para la reproducción del capital pero que debe ser ella misma (re)producida. Por lo tanto, su particularización como momentos diferenciados de la reproducción de la relación de capital es problematizada y no presupuesta. Ello implica que las preguntas por las características de la acumulación y por la relación que guardan con la producción de una hegemonía son inscritas en una perspectiva de totalidad y adquieren su significado en el marco de los diferentes modos históricos de producción de la separación entre economía y política. Es por ello que para Joachim Hirsch la noción de “modo de acumulación” sólo es adecuadamente comprendida a través de su relación con la de “estructura hegemónica” (HIRSCH, 1992). Para Hirsch la objetividad del proceso de acumulación no es otra cosa que el producto del carácter fetichista de las relaciones capitalistas, pero la tendencia a la crisis inherente a la acumulación de capital es el resultado y el terreno de la acción de individuos, grupos y clases. En ese terreno dichas acciones pueden ser significadas – por el observador - como estrategias. El proceso entero se presenta – y se impone – a los individuos como un “proceso sin sujeto”, pero su movimiento no es sino el despliegue de relaciones antagónicas, aunque mayormente inconscientes, que puede derivar o no en su configuración como

² Lo que sigue retoma argumentos ya expuestos en Piva (2017).

enfrentamiento abierto entre clases.

Desde una perspectiva como la aquí adoptada, entonces, la producción de la separación entre estado y acumulación es un modo siempre histórico, por lo tanto nunca asegurado y con características específicas, de reproducir la dominación del capital sobre el trabajo, de impedir que ese movimiento contradictorio y tendiente a crisis se transforme en enfrentamiento de clases. Se desarrolla por medio del establecimiento, por un lado, de modos determinados de funcionamiento de la competencia - medio específico de coacción sobre el trabajo y los capitales individuales - y de organización del despotismo patronal en el lugar de trabajo. En una sociedad fundada en el trabajo asalariado ello requiere la preservación de la producción y de la circulación como espacio “económico” autónomo. Su contrapartida es, por otro lado, la configuración de una forma de estado que articule la dominación política y que centralice el monopolio de la violencia sobre un territorio.

Asumir que ese proceso de separación no está asegurado y que su articulación da cuenta tanto de las características como de los límites de la subordinación del trabajo en un tiempo y espacio determinados, supone excluir, a su vez, toda presunción de correspondencia entre Estado y acumulación. La cuestión de esa adecuación entre estado y acumulación y de los modos de alcanzarla es un aspecto central de la construcción de una hegemonía.

Retornando a la crítica de Laclau, lo dicho implica que no existen espacios preconstituídos de la acumulación y del estado. La subordinación del trabajo en su forma asalariada exige la (re)producción de la separación estado – acumulación y es a través de ella que esos espacios se constituyen. Una concepción de este tipo, lejos de arrojarnos fuera del marxismo, nos permite retornar a – y proseguir desde – la crítica (inconclusa) de Marx a las nociones fetichizadas del estado y de la economía. Las aporías de los análisis “economicistas” o “politicistas”, como los que han dominado los debates sobre el modo de acumulación y la hegemonía en Argentina, tienen su origen en aceptar como dada esa separación. El problema de la hegemonía, tal como aquí la consideramos, se sitúa en ese marco, en el de los modos históricos de producción de la separación estado - acumulación.

El período “clásico”: 1955 - 1975

El punto de partida para el análisis de las complejidades y especificidades de la relación estado – acumulación en Argentina entre 1955 y 1975 debe ser la reorganización mundial del capitalismo post crisis del '30 y en particular durante la segunda posguerra. La articulación de una forma de estado define, junto con la separación estado – acumulación en

la que se inscribe, un adentro y un afuera y, por lo tanto, una diferenciación y un modo de relación entre mercado nacional – mercado mundial. Pero este proceso se desenvuelve en los marcos de procesos de reestructuración capitalista que operan como procesos de redefinición de la relación entre economía y política a escala global. Es decir, que reconfiguran – fracturando/unificando – el espacio de acumulación a escala mundial y el sistema internacional de estados (Holloway, 1993; Harvey, 2006; Astarita, 2004; Ianni 2011). La crisis del '30 dio lugar a una fractura del mercado mundial en torno a las diferentes esferas de influencia de las potencias imperialistas y a una fuerte reducción del comercio internacional (Hobsbawn, 2006). Las políticas de industrialización vía sustitución de importaciones en América Latina durante esa década fueron la respuesta a la crisis de su inserción exportadora previa y parte de un proceso general de recentramiento de las economías centrales y periféricas sobre sus mercados nacionales, contrapartida de la crisis del mercado mundial. La segunda posguerra fue escenario de una reconstrucción del espacio mundial de acumulación como espacio de flujos de inversiones, de capital financiero y de intercambio comercial. Sin embargo, dicha reconstrucción se desarrolló sobre la base de configuraciones de los circuitos de producción y realización de mercancías predominantemente nacional centradas. Al mismo tiempo, los grados mínimos de homogeneidad requeridos por los flujos mundiales de dinero y mercancías se consiguieron a través de cierto nivel de coordinación de las políticas estatales (tipos de cambio, aranceles, etc.) que dieron un lugar crecientemente relevante a organismos multiestatales (FMI, GATT, Banco Mundial, etc.). Estas políticas estatales se caracterizaron por un mayor grado de intervención/regulación sobre los procesos de acumulación. De modo que, el espacio mundial – paradójicamente – se reconstruyó sobre la base de una relativa autonomía de los espacios nacionales de valor y de un mayor margen de acción de los estados nacionales (Astarita, 2004; Ianni, 2011). Aunque no podemos desarrollarlo aquí, este proceso es inescindible de la respuesta capitalista global al ciclo de revoluciones iniciado por la revolución rusa (Negri, 2014; Holloway, 1994). La cuestión de la hegemonía, es decir, de la interiorización del antagonismo obrero en una lógica reformista de concesiones, su transformación en motor de la expansión “de las energías nacionales” vía presión por fuertes aumentos de productividad, debe comprenderse como parte de esa respuesta. La relativa autonomización de los estados y de las dinámicas de acumulación nacionales era condición para la construcción de hegemonía. En particular para la adecuación de la diferenciación/relación estado – acumulación a las variaciones nacionales de las relaciones

de fuerzas que determinaban límites específicos a la subordinación del trabajo bajo su forma asalariada. La separación relativa de los espacios nacionales de valor y el mayor margen de maniobra de los estados nacionales para definir condiciones de acumulación y captar y redistribuir el excedente fueron condiciones de posibilidad para la acumulación de capitales de bajo grado de concentración y productividad relativas a escala mundial. También para, sobre todo desde fines de los años 50, la expansión de la inversión extranjera directa (IED) y la emergencia de capitales multinacionales (Hobsbawn 2006, Mandel 1979). En este contexto, en varios países de América Latina, la IED se insertó en los esquemas de industrialización por sustitución de importaciones orientando el grueso de su producción hacia los mercados internos, aunque gradualmente esto empezaría a modificarse desde los años '60. Los problemas que enfrentó la diferenciación y la estabilización relativa de la relación estado – acumulación en Argentina en el período deben comprenderse como parte de dicho proceso de estructuración del capital a nivel mundial.

Es un tópico de la literatura sobre Argentina en el período que la industrialización mediante sustitución de importaciones tendió a producir una estructura dual a cuya especificidad correspondió una dinámica particular.

En América Latina la escuela de la CEPAL, a partir de los trabajos de Prebisch y Singer (Prebisch, 1949; 1981; Singer, 1950), estableció el concepto de “heterogeneidad estructural”. Dicho concepto señala como una especificidad del desarrollo capitalista latinoamericano la coexistencia al interior de esas sociedades de un polo productivo moderno con “sectores primitivos” (Pinto, 1970) de baja productividad e ingreso per cápita. La “heterogeneidad estructural” se explica por el carácter periférico de las sociedades latinoamericanas y por su particular vínculo con el centro, como abastecedor de materias primas. De modo que el dualismo centro – periferia se reproduce como dualidad estructural de dichas sociedades y su reproducción es mediada por el “deterioro de los términos de intercambio”, cuyo fundamento descansa en la homogeneidad, mayor productividad y mayor ingreso per cápita del centro industrializado frente al carácter estructuralmente heterogéneo y, por lo tanto, de menor productividad promedio e ingreso per cápita de la periferia proveedora de materias primas (Grigera 2014).

En Argentina, Diamand (1972, 1973) introdujo el concepto de “estructura productiva desequilibrada” (EPD). Una EPD está compuesta por dos sectores: un sector primario orientado a la exportación que trabaja con productividades cercanas a las internacionales y un sector industrial orientado al mercado interno y dependiente de la

importación de bienes de capital que trabaja con productividades considerablemente inferiores a las internacionales (Diamand, 1972; 1973). De ello se deduce una restricción externa al crecimiento originada en una dinámica de crecimiento desequilibrado que tiende a producir crisis de balanza de pagos. Al mismo tiempo, Braun y Joy desarrollaban su clásico modelo basado en dos sectores: primario exportador e industrial importador orientado al mercado interno.³ Ambos modelos fueron la base de la explicación de la dinámica de “stop and go” propia de la economía argentina desde los años ‘40 (Braun & Joy, 1981). Durante la fase de crecimiento el aumento de la demanda importadora de insumos intermedios y bienes de capital del sector industrial se conjugaba con la reducción de saldos exportables debida al crecimiento de los salarios, ya que los bienes exportables eran bienes de consumo obrero. En un contexto de tendencia a pobres aumentos o cuasi estancamiento de la producción agropecuaria la dinámica de crecimiento generaba déficit comercial y finalmente una crisis de balanza de pagos. Llegado este punto se sucedían la devaluación de la moneda, la recesión con fuerte retracción industrial, la caída del salario real y el aumento del desempleo que, en conjunto con una recuperación de las exportaciones, recomponían las condiciones para un nuevo período de crecimiento.

Sin embargo, a fines de los años ‘60, en el preciso momento en el que se modelizaban las condiciones del ciclo stop – go, ocurrían cambios que alteraban el ciclo tradicional y que prefiguraban algunas tendencias de reestructuración posteriores. El período 1955 – 1975 puede ser subdividido en dos etapas: 1955 – 1963 y 1964 – 1975. Mientras la primera etapa presenta los típicos ciclos de stop – go, observables desde los años ‘40, en la segunda etapa los ciclos se moderan y la dinámica se complejiza, debido a la maduración y el nuevo papel de la IED, a una incipiente reorientación exportadora del gran capital industrial extranjero y nacional, al papel también incipiente del endeudamiento externo, a la evolución de los términos de intercambio – que experimentan una mejora respecto del subperíodo previo - y a la dinámica de la puja distributiva entre capital y trabajo, caracterizada por una mayor contención de las demandas salariales en condiciones de proscripción del peronismo y de alternancia entre gobiernos semi democráticos y períodos de dictadura abierta (Basualdo 2006). El fuerte ingreso de IED y el aumento del recurso al

³ El primer modelo de dos sectores que trató de dar cuenta de las consecuencias recesivas de las devaluaciones recurrentes del período ISI se debe a Díaz Alejandro (1963). Especialmente importante para nuestro problema es Canitrot (1975) quien construye una variación de los modelos de Díaz Alejandro y de Braun y Joy con el objetivo de discutir los límites de las políticas de redistribución del ingreso. Sobre dicho análisis funda los límites de la “alianza de clases populista” y la inestabilidad política que acompaña a las restricciones del ciclo económico, planteos que retomará parcialmente más adelante O’Donnell (1977).

endeudamiento externo mejoraron la cuenta capital, mientras que cierta – aunque todavía tímida – reorientación exportadora del gran capital industrial y, fundamentalmente, la mejora en los términos de intercambio aliviaron la balanza comercial (Basualdo 2006). A ello se sumó la contención salarial que redujo la presión sobre ganancias y saldos exportables (Basualdo 2006). La moderación del ciclo dio lugar a un crecimiento continuo con desaceleraciones de ritmo pero que, en lugar de a las recesiones cortas, condujo a una gran crisis en 1975. Por lo tanto, la explicación del cambio de dinámica debe incluir, además de la moderación del ciclo, la nueva forma asumida por la reproducción desequilibrada y su estallido en forma aguda y profunda. Aquí nos limitaremos a la formulación de dos hipótesis. En primer lugar, tanto la moderación del ciclo como el estallido de la crisis de 1975 responden parcialmente a condiciones mundiales generadas por el agotamiento y crisis del capitalismo central de posguerra. La inversión de la tendencia en los términos de intercambio fue una señal de los cuellos de botella que empezaba a enfrentar la acumulación a escala mundial, los crecientes flujos de IED y la disponibilidad de oferta de crédito para la periferia señalaban la emergencia de condiciones de sobreacumulación de capital en el centro. Ambos fenómenos se entrelazaron en el auge especulativo y la tendencia a la estancflación que ya eran visibles a inicios de los años '70. Al mismo tiempo, la internacionalización de los circuitos de producción y realización del capital y la tendencia, todavía incipiente pero creciente, a la transformación de empresas multinacionales en transnacionales ponía en crisis los mecanismos de regulación internacionales de posguerra, esos mismos que la habían hecho posible. La crisis de la libra de 1967 ya lo insinuaba y la inconvertibilidad del dólar de 1971 la volvía indisimulable. La reestructuración exportadora del capital industrial de la periferia era parte de ese proceso de reestructuración productiva a nivel internacional que empezaba a desarrollarse. Los límites que enfrentaba en la Argentina – en comparación, por ejemplo, con Brasil - eran una señal de las dificultades para subordinar al trabajo.

En este sentido, en segundo lugar, la moderación del ciclo y el cambio de dinámica también responden parcialmente a ciertas tendencias de reestructuración que, todavía incipientes, tenderían a profundizarse después de 1976 aunque de un modo nuevo. En primer término, la mencionada reorientación exportadora de parte del gran capital industrial. En segundo término, la tendencia a la subordinación del capital agrario a ciertas fracciones del gran capital industrial. En este sentido es destacable la constitución de lo que Basualdo llama “oligarquía diversificada” (Basualdo 2006). Se trata de capitales de inserción industrial o agro industrial que tendieron a diversificar sus actividades incluyendo el agro, la

comercialización y las finanzas. Sin embargo, es un hecho notable que estas actividades tienden a integrar al agro en cadenas de producción y comercialización agroindustriales, y, por otro lado, que a nivel político crecientemente articulan sus comportamientos con el capital extranjero y subalternizan, acoplándolo al bloque en el poder, al capital agrario. En tercer término, el aumento de la IED dio lugar a un proceso de internacionalización de la propiedad del capital que tuvo como principal destino las actividades más dinámicas de la industria – mayoritariamente orientadas al mercado interno - y los nichos de cierta reorientación exportadora. La IED se convertía así en el núcleo modernizador de la estructura industrial y centro de las tendencias a la reestructuración. Pero esto significó, en cuarto término, una complejización del conjunto de la estructura económica al producir una creciente heterogeneidad de la propia industria entre un sector moderno y otro atrasado.

Por lo tanto, si la crisis de 1975 (el “rodrigazo”) no fue una crisis más del ciclo stop – go y significó la crisis de la ISI es porque condensó la acumulación de desequilibrios y contradicciones de la acumulación local y la crisis del orden capitalista de posguerra. Es decir, el capítulo local de un proceso de crisis y reestructuración a escala mundial que redefiniría las relaciones estado – acumulación y mercado nacional – mercado mundial. En este sentido, es difícil sostener que el golpe militar de 1976 interrumpió la ISI y que era posible su continuidad. Las condiciones que la hicieron posible no son separables de la articulación internacional de posguerra y de las relaciones de fuerza internacionales entre capital y trabajo que entraban en terreno de redefinición. La internacionalización del capital y el desborde de los mecanismos de regulación internacional de posguerra eran parte de la respuesta global – no coordinada conscientemente – del capital al bloqueo de la acumulación sintetizado en la fórmula de “rechazo del trabajo” (Aglietta 1986, Negri 2014).

Los modelos de ciclo stop – go fueron el punto de partida de dos de los principales análisis de la dinámica económico – política de la Argentina del período: los trabajos de Portantiero (1973 y 1977) y O’Donnell (1977). Ambos estudios señalaron el particular ciclo económico político que originó la introducción y creciente predominio del “capital extranjero” en la industria en el contexto de la “estructura dual” que caracterizó a la sustitución de importaciones en Argentina. Portantiero (1973) señaló la incapacidad del capital extranjero industrial y del capital nacional a él asociado para traducir su predominio económico en hegemonía política. Planteó la existencia de un “empate hegemónico” fundado en la capacidad de veto político de las fracciones económicamente subordinadas del capital nacional aliadas a la clase obrera. O’Donnell (1977), quien incorporó los aportes de

Portantiero (1973) y de Canitrot (1975), articuló de manera mucho más estrecha la dinámica de “stop and go” de la “estructura productiva desequilibrada” argentina del período con el ciclo político: las tendencias al desequilibrio económico característico de esa estructura dual son la base del comportamiento “pendular” de la gran burguesía urbana dominada por el capital extranjero entre la alianza defensiva de burguesía industrial nacional y clase obrera y la burguesía agraria pampeana. Portantiero (1977) recuperó estos análisis para desarrollar los fundamentos sociales del “empate hegemónico”. Ambos estudios ponen el centro de la explicación en la existencia de un “bloqueo” o “imposibilidad hegemónica”, traducido en las nociones de “empate hegemónico” o “péndulo político”. Más allá de matices y precisiones posibles transcurridas cuatro décadas de publicados, los consideramos todavía un punto de partida indispensable para comprender aquel período y formular las preguntas sobre qué ha cambiado y qué persiste de dicha relación.

Ambos trabajos, sin embargo, presentan dos límites que nos interesa destacar aquí. En primer lugar, las clases y las fracciones de clase con sus respectivos intereses son definidos al nivel de la “estructura económica”. Esto supone que el proceso de formación/supresión de clase que se desarrolla en torno a la lucha/resistencia por subordinar el trabajo y a través de la configuración de la separación estado – acumulación es reemplazado por una operación de traducción política – exitosa o fallida - de intereses y relaciones de fuerza económicas. El politicismo de ambos trabajos, patente en el lugar cada vez más predominante que adquieren en la narración las articulaciones de alianzas políticas y la acción - tendiente a la impotencia - del estado, esconde, como sucede siempre con el politicismo, ese trasfondo economicista. En segundo lugar, por un lado, ambos ponen en juego en el análisis una definición implícitamente estrecha de clase obrera – asociada en los hechos a la clase obrera industrial - y, por otro lado, la fragmentación de la burguesía por la competencia es convertida en un ejercicio de identificación económica de fracciones. El resultado de ambos procedimientos es un pluralismo sui generis que termina acercando por momentos los análisis a los de la ciencia política standard, concentrada en la capacidad de presión de diferentes grupos sobre el estado y en la formación de coaliciones políticas.

Esto no significa que no exista relación alguna entre el proceso de dualización estructural producto de la modalidad de acumulación de la ISI y el proceso de formación de clases. Pero el problema debe ser enfocado de otro modo. En primer lugar, debemos ser conscientes de que al recortar ese orden de relaciones operamos una abstracción respecto de la totalidad – la separación/relación estado-acumulación – en la que se inscribe. Es decir, el

planteamiento del problema presupone al menos una hipótesis respecto de la estructuración de dicha totalidad. En segundo lugar, al nivel de la acumulación no es posible deducir dinámicas de conflicto social y lógicas de dominación política. El supuesto es que las contradicciones en torno a las cuales se estructuran concretamente las relaciones sociales capitalistas constituyen condiciones de posibilidad – en tanto espacios de apertura, que impiden que la realidad social se constituya como pura objetividad – de luchas sociales y políticas y de su mayor o menor cristalización institucional. En tanto los sujetos se enfrentan a sus propias relaciones sociales como “estructura objetiva” – producto de su carácter fetichista - éstas sólo se le presentan como “límite negativo” a acciones individuales y colectivas históricamente contingentes. En tercer lugar, a nivel de la acumulación de capital las clases sólo existen como relación social objetiva en tanto los individuos se enfrentan objetivamente – en la circulación y en la producción y con independencia de su conciencia de este hecho y de sus identidades autoreferidas y mutuamente referidas - como “ejemplares individuales de clase”, es decir, como personificaciones del capital frente al trabajo y como personificaciones del trabajo frente al capital (PIVA 2017b). Podemos decir que este es un nivel 0 del antagonismo cuyo desarrollo puede derivar o no en la constitución de los enfrentamientos sociales como enfrentamientos de clase. Justamente, en ese proceso más o menos inconciente, más o menos conciente, de lucha y resistencia en torno a la subordinación del trabajo bajo su forma asalariada es que se juega la formación/supresión de clase. De todo esto se sigue que no es posible deducir clases y fracciones como grupos definidos con intereses determinados del análisis de la acumulación. La mayoría de las veces - y los trabajos referidos no escapan a ello – se intenta buscar un fundamento objetivo a fuerzas sociales realmente actuantes, es decir, se las “justifica” estructuralmente más que explicarlas en su proceso de formación.

Sin embargo, a nivel de la acumulación y de sus efectos estructurantes es posible dar cuenta de ciertas capacidades estructurales para la acción colectiva que actúan como límite o condición de posibilidad de procesos relativamente contingentes de articulación de enfrentamientos sociales. Desde esta perspectiva, la modalidad de dualización estructural predominante entre 1955 y 1975 – entre sector industrial y sector agroexportador - tendió a incrementar el peso de la clase obrera industrial y a moderar la heterogeneidad de la fuerza laboral en su conjunto. Aunque aquí también es necesario distinguir el período 1964 – 1975, en el que se inicia una tendencia a la dualización de la fuerza de trabajo industrial, producto de la tendencia a la dualización de la industria entre un sector moderno, básicamente

dominado por el capital extranjero, y un sector industrial de menor concentración y productividad ligado sobre todo al capital nacional, especialmente el mediano y pequeño. En este sentido, los efectos de la dualidad estructural sobre la estructura de clases entre 1955 y 1975 tendieron a potenciar las capacidades estructurales para la acción colectiva de la clase obrera. Pero estas sólo fueron condiciones estructurales favorables para un proceso de formación de clase que hunde sus raíces en las primeras décadas del siglo XX y que tuvo en el peronismo un momento crucial, el de la constitución heterónoma de la clase obrera como sujeto político (Torre 1989).

La integración de la clase obrera sindicalmente organizada en un bloque político policlasista - articulado en torno al desarrollo industrial orientado al mercado interno - fue su incorporación en un proyecto hegemónico (Jessop 1990) que encontró límites y condiciones posibilidad en el proceso de la ISI. Pero lo mismo puede decirse del proyecto encarnado por la burguesía agroexportadora, en la medida que fue articulado por representantes políticos, algo que es dudoso, salvo como fuerza marginal, desde el año 1958. Y también puede decirse lo mismo del proyecto basado en la expansión del capital extranjero cuando cobró forma a través del desarrollismo frondizista y de la primera etapa de la “revolución Argentina”, especialmente entre 1967 y 1969. Lo que queremos decir es que en todos estos casos de lo que se trata no es de la traducción política de clases y fracciones de clase con intereses definidos en una presunta estructura económica que le preexiste. Sino de la constitución a través de mecanismos de representación – es decir de procesos de organización de la voluntad colectiva – de proyectos hegemónicos, es decir, que tienden, por su orientación objetiva más que por su orientación consciente, a la producción de determinados modos de separación economía – política, esto es, de producción de determinados modos de separación/relación estado – acumulación. Sin embargo, estos proyectos, estructurados como lo están en torno a contradicciones locales e internacionales históricamente determinadas, tienen mayor o menor potencialidad hegemónica. El proyecto agroexportador ya estaba muerto para 1955 incapaz de integrar a la clase obrera sindicalmente organizada en el estado. El “bloque peronista” es capaz de incorporar las demandas obreras en una lógica de expansión simultánea de la producción, el salario y el empleo a costa de una reproducción desequilibrada que le pone un límite a la continuidad de la integración institucional de los trabajadores. Más allá de ese punto sólo es posible impulsar el proceso de acumulación sobre la base de una reestructuración productiva que es bloqueada por la clase obrera. Este es el mismo límite que enfrentan las distintas variantes de desarrollismo

que buscan en el capital extranjero el factor dinamizador. El proyecto inicial de la “revolución argentina” era viable por las condiciones regionales y mundiales de la acumulación. Pero la reestructuración requería una derrota de la clase obrera sindicalmente organizada que el Cordobazo mostró improbable.

No nos encontramos como planteaba Portantiero (1973) frente a una “asincronía” entre la *contradicción principal*⁴ definida objetivamente (desde el punto de vista del observador) – la contradicción capital extranjero y proletariado industrial - y la constitución de los conflictos al nivel de las fuerzas sociales. Sino frente a un desfase o relación de no correspondencia entre estado y acumulación que es producto de la imposibilidad hegemónica de los proyectos capitalistas en disputa. El populismo no es más que la confesión de esta imposibilidad. Frente a la incapacidad para internalizar el antagonismo obrero en un dispositivo estatal con cierta estabilidad (al modo de los estados europeos de posguerra) sólo puede ofrecer el desplazamiento de la contradicción capital/trabajo en el tiempo - del cual un promedio de inflación del 25% anual es su principal manifestación (Basualdo 2006) – y su desplazamiento sincrónico hacia a la oposición pueblo – oligarquía. De esta manera posterga en el tiempo la resolución de la (in)subordinación del trabajo y desplaza el conflicto del centro del sistema reduciendo su impacto sistémico inmediato. Los intentos de salir del populismo derivaron una y otra vez en una agudización del conflicto social que tendió peligrosamente, sobre todo después del Cordobazo, a asumir la forma de lucha frontal de clases. Bajo estas condiciones el problema no era la escasa autonomía del estado para ordenar las relaciones sociales (Portantiero 1977) sino que la escasa autonomía del estado era la manifestación de la incapacidad hegemónica de los diversos proyectos de subordinación del trabajo. Como señalamos antes, 1975 representó el final de juego. La condensación de contradicciones locales y mundiales representó el cambio completo de las coordenadas sobre las que desplegar los intentos de reconstitución del estado y la acumulación.

El período 1989 – 2015

I. 1989 – 2001

⁴ En el trabajo de Portantiero (1973) el significado de *contradicción principal* no es el de la contradicción capital/trabajo como núcleo en torno al que se estructuran las relaciones capitalistas y del conjunto de la sociedad, sino el de la oposición o antagonismo central entre grupos sociales definidos a nivel económico. Es en este sentido que la rechazamos.

1989 es un punto de inflexión en cuanto a la periodización de la relación entre modo de acumulación y hegemonía en Argentina. Ello se debe a que la crisis hiperinflacionaria de 1989 condensó una serie de tendencias y contradicciones nacionales y globales cuya resolución cerró un período y abrió uno nuevo.

Como señalábamos antes, la crisis de 1975 (el “rodrigazo”) no fue una crisis más del ciclo stop – go y significó la crisis de la ISI debido a que condensó la acumulación de desequilibrios y contradicciones de la acumulación y la dominación locales y la crisis del orden capitalista de posguerra. Por esa razón, el golpe de 1976 dio inicio a un largo proceso de ofensiva capitalista y de intentos de reestructuración que le darían el tono de una fase transicional, atravesada por avances profundos de ofensiva y reestructuración, el período 1976 – 1981, y períodos de resistencia que limitaron o directamente bloquearon su avance, desde el fin de la dictadura hasta la hiperinflación de 1989.

La crisis hiperinflacionaria condensó las contradicciones propias del proceso de reestructuración local con tendencias a la crisis en toda la periferia y el este europeo que señalaban la reconfiguración del orden capitalista mundial. Puede sintetizarse como la yuxtaposición de la doble transición que atravesaba al proceso reestructurador en Argentina (transición democrática y ofensiva neoliberal) y del escenario abierto por la crisis de la deuda de 1981/82 (Massano 2016). De esta manera, las contradicciones locales del proceso de reestructuración refractaron el proceso de reconfiguración capitalista a nivel global.

La expansión del endeudamiento externo durante la dictadura, parte de un proceso que abarcó a toda la periferia y a una porción del este europeo, fue la contracara de la plétora de capital en el centro capitalista en crisis. La crisis de la deuda y la restricción crediticia posterior en la periferia fueron el resultado de la aceleración y el triunfo de la ofensiva neoliberal en el centro. La ofensiva capitalista en los países centrales terminó por recomponer la acumulación, redireccionó los flujos de capital hacia el centro (inicialmente por el alza de tasas de interés pero luego por el relanzamiento progresivo de la acumulación) y por esa vía incrementó la presión por la reestructuración neoliberal en la periferia en crisis (Salama y Vallier 1992, Ianni 2011).

La presión objetiva por la reestructuración en Argentina, y en toda América Latina, tenía un medio privilegiado en la revinculación de los mercados financieros locales e internacionales, resultado de las reformas financieras de los ‘70s, y en el endeudamiento posterior. Pero la vehiculización de las reformas neoliberales, en particular las que impulsaban la reestructuración productiva del capital, encontraban un escollo en la

capacidad de resistencia de la clase obrera sindicalmente organizada, aliada a las fracciones mercado internistas de la burguesía industrial. Esa “alianza defensiva” (O’Donnell 1977), aunque debilitada por la represión de la dictadura, tenía todavía suficiente fuerza como para bloquear la reestructuración en curso. La estrategia se centraba en la defensa de la relativa separación del espacio nacional de valor de la acción de la ley del valor a escala mundial que fuera fundamento de las estrategias de acumulación nacional - centradas de posguerra y en Argentina de la ISI. Pero la crisis que vivía la Argentina era la refracción en el medio local de la crisis y reestructuración del espacio económico mundial signadas por la internacionalización comercial, financiera y productiva del capital. Por lo tanto, si la separación relativa entre espacio nacional y mundial de valor se encontraba en la base de la tendencia al deterioro de la balanza de pagos y a la hiperdevaluación de la moneda local, la estrategia de bloqueo a su redefinición sólo podía conducir a la profundización de la crisis de acumulación.

El proceso hiperinflacionario significó un proceso acelerado de crisis del dinero y por lo tanto – en una sociedad cuyas relaciones se establecen por medio del intercambio – de disolución de las relaciones sociales. En este contexto, la salida de la crisis a través de una estrecha articulación con el mercado mundial, impulsada por las fracciones más concentradas del capital local, adquirió potencialidad hegemónica. En la medida que apareció como condición de la reproducción del conjunto social fue también condición de posibilidad para la universalización de los intereses de aquellas fracciones capitalistas que impulsaban la reestructuración. De este modo la hiperinflación fue el terreno en el que se desarrolló una acelerada y radical transformación de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo. Por un lado, se produjo una fragmentación y desorganización de la acción de clase de la clase obrera y una unificación del conjunto de las fracciones de la gran burguesía en torno al programa neoliberal, por otro lado, sobre esa base, se articuló un amplio consenso en torno a dicho programa que fue el fundamento de una hegemonía que duraría hasta 2001 cuyo eje articulador sería la convertibilidad monetaria. (Bonnet, 2008; PIVA, 2012)

En este sentido, es necesario aclarar que “neoliberalismo” no designa un modo de acumulación, sino que refiere a una estrategia de ofensiva del capital contra el trabajo que opera por medio de la intensificación y extensión de la competencia. Tiende, por lo tanto, a una redefinición de la relación estado – acumulación que incrementa el papel de la competencia en la subordinación del trabajo. La articulación de política monetaria restrictiva - en el caso argentino el régimen de convertibilidad monetaria - apertura comercial y

desregulación del mercado incrementó la presión competitiva sobre los capitales individuales para reestructurar sus procesos de producción, financiación y comercialización. Las privatizaciones ampliaron el espacio de valorización del capital, al tiempo que sirvieron como medio de capitalización de deuda externa y, por lo tanto, de revinculación de la Argentina con los mercados financieros internacionales.⁵ El incremento del desempleo, del subempleo y del empleo en negro - resultado directo de la presión competitiva sobre los capitales individuales y del proceso de reestructuración privado y estatal - y en menor medida la flexibilización legal del mercado de trabajo aumentaron la coacción de la competencia en el mercado de trabajo.⁶

En la estructuración de dicha estrategia fueron centrales los mecanismos de representación a nivel económico corporativo y a nivel político. Una vez más no se trata de la definición de grupos e intereses a nivel “económico”. Desde la crisis del plan primavera (insinuada a partir de fines de 1988 y declarada en febrero de 1989) hasta la crisis hiperinflacionaria se desarrolló una tendencia a la unidad del conjunto de las corporaciones del gran capital local (nacional y extranjero) en torno al programa de reformas neoliberales. Esta confluencia abarcó a los nucleamientos del gran capital del agro, la industria, el comercio y las finanzas. Al mismo tiempo, se fragmentaba y desorganizaba la acción de la clase obrera sindicalizada en un contexto de esterilización de la lucha salarial debido a la aceleración inflacionaria. Este proceso de desorganización alcanzó su máximo en los saqueos a comercios desarrollados entre mayo y junio de 1989. De conjunto, se asistía al fracaso de la estrategia de defensa de la separación relativa del espacio nacional de valor respecto del mercado mundial, lo que disolvía los fundamentos de la alianza defensiva entre burguesía nacional mercado internista y clase trabajadora. En este contexto, fue el peronismo el que articuló la estrategia a nivel político y condujo la ofensiva neoliberal contra el trabajo. El peronismo incorporó a su coalición política al gran capital, vehiculizó una revinculación funcional de los sindicatos al estado a través de una estrategia neoparticipacionista – vital para la subordinación de la clase obrera que permitió la implementación de las reformas – y desarrolló una estrategia de control territorial que permitió abarcar a los sectores más empobrecidos y precarizados de una clase obrera crecientemente dualizada. De este modo, articuló al conjunto de la burguesía como clase dominante, a través del estado, en torno a una estrategia que fortaleció crecientemente el lugar de la gran burguesía industrial local

⁵ Argentina se encontraba en moratoria de pagos desde abril de 1988.

⁶ Toda esta primera parte de la sección *I. 1989 - 2001* es una exposición levemente modificada de Piva (2017).

(cada vez más internacionalizada en su propiedad) orientada a la exportación.⁷ Y, de un modo trabajoso, a lo largo de dos años (entre julio de 1989 y abril de 1991, con el inicio del régimen de convertibilidad monetaria), por medio de acciones y luchas sólo a medias conscientes, se estructuró dicha dominación como hegemonía. La burguesía articulaba una estrategia como clase a través – paradójicamente – del peronismo y lograba por primera vez en más de medio siglo romper el bloqueo a la realización de un proyecto hegemónico.

Sin embargo, la hegemonía construida guarda diferencias significativas con la que podemos llamar la noción fuerte de hegemonía. Antes la definimos por la interiorización del antagonismo obrero en una lógica reformista de concesiones, lo que involucraba su integración en mecanismos estatales de canalización del conflicto social y requería ciertas condiciones de la acumulación de capital que lo hicieran posible. Pero entre 1989 y 2001 la dinámica de la acumulación de capital impuso estrictos límites a la capacidad de incorporar/satisfacer demandas obreras y populares.

El proceso de reestructuración del capital y del estado dio lugar a un modo de acumulación centrado en la exportación de productos industriales de bajo valor agregado, agroindustriales y agropecuarios. A su vez, el ritmo de acumulación dependió fuertemente de la inversión extranjera directa y de los flujos internacionales de capital-dinero. En ese marco se desarrolló una creciente interpenetración del capital nacional y extranjero y una tendencia a la internacionalización de la propiedad del capital local. El resultado fue un desarrollo caracterizado por la profundización de la dependencia tecnológica y por la “dualización estructural”, particularmente de la industria, entre un sector moderno y competitivo (fundamentalmente exportador) y otro atrasado e impulsado por la competencia a la intensificación y extensión de la jornada laboral. Por lo tanto, la dinámica de acumulación se caracterizó, en primer término, por la fragilidad externa, originada en las fuertes fluctuaciones de precios que afectan a los commodities, que centralmente exporta la economía argentina, y a la tendencia al desequilibrio comercial del crecimiento industrial, a causa de la dependencia tecnológica. En segundo término, se caracterizó por la vulnerabilidad financiera, debido a su dependencia de los flujos financieros y de la IED. Por último, en la medida que los aumentos de productividad debidos a la fuerte reconversión productiva de la primera mitad de los años '90 alcanzaban sus límites, el conjunto de la

⁷ En términos poulantzianos diríamos que, a través del estado, se construyó un bloque en el poder de la burguesía con predominio de la fracción industrial exportadora de la gran burguesía local. Sin embargo, saltan a la vista las diferencias conceptuales en cuanto a la definición y constitución de clases y fracciones de clase.

acumulación se hizo más dependiente de mecanismos de producción de plus valor absoluto (extensión e intensificación de la jornada laboral) y/o de la directa reducción del salario.

De este modo, en primer lugar, la dinámica de crecimiento tendía a la acumulación de desequilibrios comerciales y financieros. En segundo lugar, la articulación de la estrategia de ofensiva neoliberal contra el trabajo por medio de la combinación de tipo de cambio fijo, desregulación del mercado y apertura comercial dejaba como única vía, cuando los aumentos de productividad eran insuficientes, la profundización del ataque a las condiciones laborales y salariales. Este bloqueo a la satisfacción de demandas obreras y populares e incluso, más allá de 1995, el empeoramiento absoluto de las condiciones de vida de las grandes mayorías planteaba una potencial contradicción entre requerimientos del proceso de valorización y requerimientos de legitimación del proceso de acumulación. Esta contradicción tendió a cerrarse por medio del predominio de mecanismos coercitivos de producción de consenso negativo. Centralmente la amenaza de retorno de la hiperinflación, que soldó el consenso en torno a la convertibilidad y el programa de reformas neoliberales, y la fragmentación de la clase obrera y el alto desempleo, que indujeron la aceptación de la ofensiva capitalista en los lugares de trabajo. A este consenso fundado en el predominio de mecanismos coercitivos es a lo que llamamos “hegemonía débil” en contraposición al sentido fuerte de hegemonía al que referíamos antes.

A su vez, la reestructuración de las condiciones de la acumulación fortaleció los fundamentos estructurales de la unidad política de la burguesía al tiempo que debilitó las capacidades estructurales para la acción colectiva de los trabajadores. Respecto de la burguesía, la orientación exportadora de la gran burguesía industrial moderó sus contradicciones con la gran burguesía agraria, al mismo tiempo, la integración creciente de la producción agraria en las cadenas de producción agroindustriales tendió a fortalecer las condiciones estructurales de la tendencia de largo plazo a la integración subordinada de la burguesía agraria en el bloque en el poder. La asimilación de comportamientos entre capital nacional y extranjero y la internacionalización de la propiedad del capital local redujo o eliminó las contradicciones entre capital nacional y extranjero. Por último, a la derrota política de las fracciones mercado internistas se sumaron los efectos de la dualización de la estructura industrial que tendieron a articular de modo subordinado la estrategia de acumulación de la pequeña y mediana burguesía industrial con la de la gran burguesía exportadora. Por el contrario, en lo que refiere a las capacidades estructurales para la acción de la clase obrera la modalidad de dualización de la estructura productiva tendencialmente

prevaleciente desde 1976 y profundizada desde 1989 produjo una reducción del peso de la clase obrera industrial, una heterogeneización producto del desarrollo desigual de la reestructuración capitalista, una dualización de la fuerza laboral resultante del aumento del empleo precario e informal y un incremento de la población sobrante. Dichas transformaciones se desarrollaron en el marco de un fuerte proceso de “proletarización” (Salvia et al 2008, Salvia y Vera 2013, Dalle 2016, Iñigo Carrera, Cavalleri, Murruni 2012).

La larga crisis iniciada en el último trimestre de 1998 mostraría, sin embargo, los límites de la estrategia neoliberal de subordinación del trabajo. El reflujo de capitales productivos y financieros y la caída del precio de los commodities, productos de una sucesión de crisis en la periferia (sudeste asiático 1997, Rusia 1998, devaluación brasileña de 1999), se combinaría con la acumulación de desequilibrios del crecimiento económico local. En ese contexto, la única salida compatible con el régimen de convertibilidad era una ofensiva deflacionaria contra los trabajadores: ajuste del gasto público, reducción del salario nominal, flexibilización laboral, etc. La insurrección de diciembre de 2001 que abarcaría desde los sectores más pauperizados de la clase obrera en los saqueos hasta las “clases medias” movilizadas entre la noche del 19 de diciembre y la jornada del 20, representaría el bloqueo popular a la vía deflacionaria de salida de la crisis. Ello significaría el fin de la convertibilidad y con ella de la estrategia neoliberal de ofensiva contra el trabajo. Los mecanismos coercitivos de construcción de consenso fracasaban frente a la disolución de relaciones sociales que se desarrollaba en una crisis sin fin. Se abría entonces la contradicción entre requerimientos de la acumulación y necesidades de legitimación. Que ello ocurriera, sin embargo, no era un producto mecánico de procesos estructurales. La vitalidad de las tradiciones de lucha del movimiento obrero y popular en Argentina bloqueaba una vez más los proyectos hegemónicos de la clase dominante.

II. 2002 - 2015

La ofensiva del capital continuó durante 2002 por medios inflacionarios. Una devaluación del 300% y salarios casi congelados fueron el fundamento profundo del relanzamiento de la acumulación. Sin embargo, ello no debe llevar a confusión respecto del dilema que se abría en torno a la reconstitución simultánea de la acumulación y del poder de estado. La ofensiva inflacionaria era la confesión de la imposibilidad de la continuidad de la estrategia neoliberal de subordinación del trabajo. Aquí tratamos de exponer las características fundamentales de la relación entre acumulación y hegemonía para cada

período, eso implica dejar de lado la enorme riqueza de hechos que contribuyó a la recomposición de la acumulación y la dominación post 2001. Digamos simplemente que, si a fines de 2002 el gobierno interino del senador peronista Eduardo Duhalde podía mostrar una reactivación de la economía, sería recién con la llegada al gobierno del también peronista Néstor Kirchner que se desplegaría una estrategia de redefinición de la relación estado – acumulación. Es entonces a partir de allí que podemos señalar las coordenadas de la reconstitución de la acumulación y la dominación capitalistas.

Lo primero que surge al analizar ese proceso es un cuadro complejo de continuidades y rupturas respecto de la década del '90. Detrás de dicho cuadro hallamos una relación de fuerzas paradójica, producto de la insurrección de 2001 y del proceso de movilización y resistencia que la precedió desde 1996. Por un lado, un proceso de recomposición de la acción colectiva de la clase obrera y del conjunto de los sectores subalternos. Por otro lado, la continuidad del período de debilidad relativa de los trabajadores abierto con la derrota de 1989. Un cambio en las relaciones de fuerza suficiente para impugnar la continuidad de la estrategia neoliberal de ofensiva contra el trabajo pero insuficiente para radicalizar el proceso político en el sentido de una reversión del proceso de reestructuración del capital llevado a cabo en la década del '90.

Esta relación de fuerzas inestable encontró condiciones para su resolución en la reconfiguración de las condiciones de la acumulación a nivel mundial. El hecho fundamental fue *la reversión desde 2002 de la tendencia de un siglo al deterioro de los términos de intercambio entre los productos de la periferia y del centro del sistema mundial*.⁸ Se abrió así un período de fuertes superávits comerciales para los países exportadores de commodities. En este contexto, y también producto del aumento del comercio intramercosur, la dependencia comercial respecto de EEUU y de la Unión Europea se redujo fuertemente. De conjunto, ello supuso un mayor margen de maniobra para el estado argentino. Ese margen de maniobra es el que permite comprender la redefinición de la separación estado – acumulación en términos de una relación de no correspondencia, lo que se evidencia particularmente en lo que hemos llamado un desfase entre política económica

⁸ Este fenómeno se encuentra vinculado al impacto en el mercado mundial del crecimiento de la economía china. El crecimiento de la economía china y de su participación en el producto mundial es un dato que se remonta a inicios de los años ochenta. Entre 1980 y 2000, el PBI chino pasó de representar el 2,2% del PB mundial (un porcentaje inferior al 3,9% de Brasil y al 2,5% de la India ese mismo año) al 7,1% en 2000 (superior al 2,9% de Brasil y al 3,7% de la India). Pero hacia 2010, el PBI chino explicaba el 13,5% del PB mundial, un 90% más que 10 años antes, hecho que impulsó la demanda de importaciones china de materias primas y su incidencia en sus precios (Fuente: FMI).

y necesidades de la acumulación.

El rasgo singularizador del kirchnerismo ha sido su rol en la recomposición del poder político post crisis de 2001. El kirchnerismo nació atravesado por una contradicción: si el motivo dominante de su acción era la restauración del orden, el medio de alcanzarlo lo convirtió en expresión de un conjunto de demandas que emergieron desafiantes en conflictos y protestas desde 1996 y particularmente en la crisis de 2001. Sin embargo, dicho proceso de recomposición de la dominación política encontró límites impuestos por la continuidad de rasgos nodales de la reestructuración neoliberal del capital y el Estado durante los años '90.

El modo de acumulación muestra continuidades esenciales con aquel desarrollado en los años '90.⁹ La primera y fundamental continuidad es la reorientación exportadora de la gran burguesía industrial. En la medida que este es el sector más dinámico y que este rasgo se ha profundizado, la economía fue aun más dependiente de la demanda externa.

En relación con este segundo rasgo aparece la primera de las especificidades relevantes del período. La mencionada reversión de la tendencia al deterioro de los términos de intercambio, combinada con la devaluación del peso, permitió la realización de abultados superávits comerciales que permitirían ignorar hasta el año 2011 la restricción de acceso al crédito internacional que siguió al default de 2001. La importancia de este hecho es capital porque permitió suspender o mantener en estado de latencia la dependencia financiera del proceso de acumulación. Esto significó un debilitamiento de los mecanismos financieros de transmisión de la presión competitiva sobre el estado y los capitales. Hablamos de suspensión o latencia de la dependencia financiera porque las tendencias al desequilibrio en el sector externo siguieron actuando y reemergerían a partir de 2011. En ese sentido, a pesar de la profundización de la reorientación exportadora, se mantuvo el carácter deficitario del conjunto de la industria en contraposición a los superávits del agro así como la tendencia a un aumento mayor de las importaciones que de las exportaciones durante las fases expansivas.

Se observa también la continuidad de la tendencia a la dualización de la estructura económica y, particularmente, de la estructura industrial entre un sector moderno, altamente concentrado, con altos niveles de productividad internacional y un sector atrasado, de baja

⁹ La exposición de los rasgos del modo de acumulación post convertibilidad retoma – con leves modificaciones – lo expuesto en Piva (2017). Los datos que sirven de base a las proposiciones aquí presentadas como hipótesis se pueden encontrar en ese texto.

productividad.

En esta última tendencia se inscribe la segunda de las especificidades relevantes de la postconvertibilidad: la limitada sustitución de importaciones industriales. Dicha sustitución fue limitada en dos sentidos. En primer término, porque no revirtió la tendencia a la pérdida de peso de la industria en la estructura económica (Cantamutto y Constantino 2016). En segundo término, fue limitada porque, a diferencia de la sustitución de importaciones de la segunda posguerra, se articuló/subordinó a la estrategia exportadora del gran capital industrial. El mayor impulso sustitutivo se desarrolló sobre la base del paraguas cambiario post devaluación, aprovechando costos salariales relativamente bajos y, lo que es particularmente claro en la industria textil, con la apelación al uso de capacidad instalada y de la precarización del empleo. El resultado del proceso sustitutivo, entonces, no podía ser otro que una profundización de la estructura dual de la industria.

A su vez, dado el proceso de modernización productiva de la primera mitad de los años '90 y la sustitución de importaciones con características trabajo intensivas, la acumulación de capital fue predominantemente capital extensiva.¹⁰

Bajo estas condiciones, no podía tardar en aparecer la contradicción entre una estrategia de reconstrucción del consenso basada en la incorporación de demandas obreras y populares y un modo de acumulación basado en tipo de cambio alto, bajos costos salariales y altos niveles de empleo en negro.

Entre 2003 y 2005 se desarrolló un período de compatibilidad entre recomposición de la acumulación y recomposición de la dominación política. El punto de partida eran altos niveles de desempleo (20,4% en el primer trimestre de 2003) y pobreza (54% de la población en el primer semestre de 2003) y muy bajos niveles salariales (en diciembre de 2002 el salario real promedio era un 23,7% inferior al de diciembre de 2001). Sobre el fundamento de una acumulación capital extensiva se produjo una fuerte y rápida reducción del desempleo que para el 1° trimestre de 2006 se encontraba en el 11,2%. Esta reducción del desempleo impactó en la tasa de pobreza que descendió al 31,4% en el primer semestre de 2006. A pesar de ello, el salario real promedio e incluso el de los trabajadores registrados se encontraba en diciembre de 2004 debajo de los históricamente bajos niveles de diciembre de 2001. Sin embargo, ya para ese momento la tendencia era hacia la recuperación de los niveles pre 2002,

¹⁰ El desarrollo de las características de la acumulación de capital entre 2003 y 2015 es en gran medida una exposición resumida de Piva (2015). Los datos a los que refieren las afirmaciones aquí vertidas pueden consultarse allí. Aquí por razones de espacio y fluidez narrativa los hemos excluido.

lo que sucedería entre los asalariados registrados durante el año 2005.¹¹ Por otra parte, luego de una disminución de la inflación promedio anual durante 2003 y 2004, comenzaba a acelerarse nuevamente durante 2005, lo que impulsaba a la baja un tipo de cambio aun alto pero que permanecía estable en términos nominales.

A partir de 2005 aquella contradicción empezaría emerger. La respuesta del gobierno de continuar con la política de incorporación gradual de demandas obreras y populares daría lugar a un desfase entre política económica y requerimientos de la acumulación de capital. Esto se expresó centralmente en la continuidad de una política basada en la expansión de la demanda vía expansión del gasto público, aumentos salariales reales y transferencias directas de ingreso a los sectores más empobrecidos de la clase obrera. Pero esa continuidad tendió a producir la aceleración de la inflación, la reducción paulatina pero persistente del superávit fiscal, del tipo de cambio real y con ello del superávit comercial. Esto es, el desfase entre estado y acumulación tendió a producir una acumulación de desequilibrios cuya absorción fue posible por las condiciones excepcionales creadas por la mejora de los términos de intercambio, que permitió superávits fiscal, comercial y de cuenta corriente.

Ese desfase entre estado y acumulación era un índice de aquella relación de fuerzas inestable. Señalaba que el bloqueo popular a la estrategia neoliberal de subordinación del trabajo se había convertido en un bloqueo a la construcción de una hegemonía. Una adecuación del estado a los requerimientos del proceso de acumulación requería una represión de las demandas que era incompatible con la estrategia de recomposición de la dominación política. Pero el sostenimiento del proceso de incorporación de demandas, la canalización del antagonismo obrero por medio de un proceso de expansión de la demanda (Negri 2014), encontraba límites en una dinámica de acumulación orientada a la exportación de commodities y en un proceso de crecimiento con bajos incrementos de productividad.¹² De modo que el resultado era un “keynesianismo trunco” (PIVA, 2015). La dominación política, por lo tanto, tendió a asumir una modalidad neopopulista.¹³ Es decir, fundada en el

¹¹ La fuente de todos los datos es la Encuesta permanente de hogares del INDEC (Disponibles en www.mecon.gov.ar).

¹² La productividad horaria aumentó a una tasa del 6,4% anual y la productividad por ocupado a un 6,9 % anual entre 1991 y 1998 mientras que entre 2003 y 2011 lo hicieron 5,6% y 5,2% respectivamente.

¹³ La razón por la que hablamos de neopopulismo y no de populismo es, primero, porque es preciso diferenciar el populismo como momento primario de constitución heterónoma de la clase obrera como sujeto político de procesos de movilización secundaria como los del kirchnerismo. En segundo lugar, porque el proceso de desorganización de clase que supuso la derrota de la clase obrera entre 1976 y 1989 le ha dado a la interpelación peronista un carácter popular difuso con una apelación secundaria al movimiento obrero. (Véase Piva 2013).

desplazamiento del antagonismo capital – trabajo en el tiempo, de lo que es síntoma la inflación, y en su desplazamiento sincrónico hacia la oposición pueblo – grupos económicos, pueblo – capital financiero, etc., cuya expresión simbólica más completa fue pueblo – Clarín.¹⁴ Decíamos antes que el populismo es la confesión de las dificultades del capital para subordinar al trabajo. El carácter contradictorio del kirchnerismo refleja ese doble carácter del populismo: expresión de la capacidad de resistencia de la clase obrera a la adecuación de sus demandas a las necesidades del proceso de valorización y vehículo de su dominación a través del mecanismo del desplazamiento del antagonismo que limita su carácter disruptivo.

Pero el desfase estado – acumulación, y con él el desplazamiento de la contradicción capital – trabajo, tiene límites. Ya se atisban en los límites que la dinámica de acumulación impuso a la satisfacción de demandas. La dualización de la estructura económica puso un piso al empleo en negro, que se redujo hasta alcanzar algo más de un tercio de los asalariados, porcentaje similar al de los años '90.¹⁵ La desigualdad medida a partir de ingresos laborales tampoco perforó los niveles de la primera mitad de los años '90 y sólo se obtienen mejoras significativas de la distribución del ingreso, similares a los niveles previos a la hiperinflación de 1989, cuando se contabilizan las transferencias directas de ingresos, en particular a partir de la asignación universal por hijo (AUH) creada en 2009 (Salvia y Vera 2013). Algo similar muestra la evolución de la pobreza que se mantuvo, según las diferentes mediciones, en niveles similares o superiores al 20%, es decir, superiores a los niveles previos a 1989.¹⁶

Si el proceso de satisfacción de demandas encontró límites en la dinámica de la acumulación, la reaparición de la restricción externa señaló los límites de la propia autonomización del estado. A partir de 2011, junto con los superávits fiscal y de cuenta corriente se estrechó el margen de maniobra del estado y creció la presión objetiva por el ajuste – es decir, por la restauración de la unidad de economía y política – en la medida que se erosionaban las capacidades institucionales del estado.

Comentarios finales

En este trabajo hemos tratado de exponer algunas coordenadas centrales de la

¹⁴ El Grupo Clarín es un grupo económico constituido en torno a la propiedad de grandes medios de comunicación (prensa escrita, televisión abierta, televisión por cable, radio y provisión de internet).

¹⁵ En el tercer trimestre de 2014, último dato disponible, alcanzaba al 35,9% de los asalariados (Fuente EPH – INDEC).

¹⁶ Según Manzanelli y Basualdo (2017) la pobreza, según la canasta básica utilizada por el INDEC hasta 2015, alcanzó ese año un 19,7%. Según la canasta básica modificada en 2016 el porcentaje de pobres de 2015 habría sido de 29,7%. En ambos casos los cálculos se hacen con el índice de precios construido por CIFRA (véase CIFRA 2012).

relación entre modo de acumulación de capital y hegemonía en Argentina en el período clásico 1955 – 1975 y entre 1989 y 2015. Lo hemos hecho inscribiendo dicha relación en el problema de la separación estado – acumulación, particularmente, analizando los modos de esa separación como clave para comprender los límites de la subordinación del trabajo. Una perspectiva tal permite superar las aporías a las que conduce el análisis de la hegemonía como “traducción política” de clases, fracciones de clase e intereses definidos a nivel económico, lo que implica asumir como dado lo que debe explicarse: cómo se constituye la dominación del capital sobre el trabajo mediante la separación entre estado y acumulación.

En ese sentido, la imposibilidad de construir una hegemonía entre 1955 y 1975 determinó un desfase entre estado y acumulación. El populismo no es más que la confesión de esta imposibilidad. Frente a la incapacidad para internalizar el antagonismo obrero en un dispositivo estatal con cierta estabilidad (al modo de los estados europeos de posguerra) sólo puede ofrecer el desplazamiento de la contradicción capital/trabajo en el tiempo - del cual la alta inflación fue su principal manifestación – y su desplazamiento sincrónico hacia a la oposición pueblo – oligarquía. De esta manera posterga en el tiempo la resolución de la (in)subordinación del trabajo y desplaza el conflicto del centro del sistema reduciendo su impacto sistémico inmediato. Los intentos de salir del populismo derivaron una y otra vez en una agudización del conflicto social que tendió peligrosamente, sobre todo después del Cordobazo, a asumir la forma de lucha frontal de clases. Bajo estas condiciones el problema no era la escasa autonomía del estado para ordenar las relaciones sociales (PORTANTIERO 1977) sino que la escasa autonomía del estado era la manifestación de la incapacidad hegemónica de los diversos proyectos de subordinación del trabajo.

Las derrotas de la clase obrera en 1976 y 1989 produjeron transformaciones profundas en la relación capital/trabajo, cuyo centro fue un proceso de desorganización de clase de los trabajadores, y permitieron – hiperinflación mediante- por primera vez en 60 años superar el bloqueo a la realización de un proyecto hegemónico. Ello significó el éxito de la estrategia neoliberal de separación/relación estado – acumulación. Dicha estrategia se fundó en la subordinación del trabajo mediante la intensificación y extensión de la competencia. Sin embargo, los límites que impuso el modo de acumulación a la satisfacción de demandas condujeron a una modalidad de consenso negativo fundado en el predominio de mecanismos coercitivos – temor a la hiperinflación, fragmentación de la clase obrera, alto desempleo – que denominamos hegemonía débil para diferenciarla de su sentido fuerte, la internalización del antagonismo obrero en una lógica reformista de satisfacción de demandas

y otorgamiento de concesiones.

La insurrección de diciembre de 2001 significó el bloqueo a la estrategia neoliberal de subordinación del trabajo, pero con la recomposición de la acumulación y del estado post 2003 se puso de manifiesto como un bloqueo a la construcción de una hegemonía. Una relación de fuerzas inestable, caracterizada por una recomposición de la clase obrera suficiente para impugnar la ofensiva neoliberal pero insuficiente para revertir los efectos de la reestructuración capitalista de los años '90, encontró resolución temporal en un desfase o relación de no correspondencia entre estado y acumulación. De modo que volvió a reconstituirse una modalidad neopopulista de dominación política basada en el desplazamiento temporal y sincrónico – mediante la redefinición del campo de confrontación en modos no clasistas - de la contradicción capital/trabajo.

Sin embargo, las similitudes entre los períodos 2003 – 2015 y 1955 – 1975 se reducen a ciertos rasgos de la imposibilidad de construcción de una hegemonía. Las dimensiones que permiten identificar al período 2003 – 2015 como un subperíodo de la etapa iniciada en 1989 son, en primer lugar, las continuidades centrales en la dinámica de la acumulación (orientación exportadora de commodities, dependencia financiera, dualización de la estructura económica, tendencia a desequilibrios comercial y de cuenta corriente, etc.) y, en segundo lugar, la persistencia de la debilidad relativa de la clase obrera post 1989. Es decir, la continuidad de los principales resultados de la reestructuración capitalista de los años '90. Ello se expresa en ciertos rasgos comunes del ciclo económico – político del período abierto en 1989 y que lo diferencian del período clásico.

La dinámica desequilibrada de una estructura capitalista dualizada ha impuesto límites al otorgamiento de concesiones y a la satisfacción de demandas en ambos períodos. Ello ha sido causa, también en ambos períodos, de la emergencia – en condiciones de movilización social - de una contradicción entre requerimientos del proceso de valorización y necesidades de legitimación. Sin embargo, la “estructura dual” del capitalismo argentino de posguerra tendió a posibilitar mejoras en los niveles de empleo, salario, distribución del ingreso y movilidad social en las fases expansivas, al tiempo que el ciclo económico impedía su continuidad más allá de cortos períodos. La “estructura dual” del capitalismo argentino post 1989 pone límites restrictivos a la mejora de esos indicadores (pisos altos de empleo informal, desempleo y pobreza, límites estrechos al aumento del salario real) durante las fases expansivas y tiende a crear fenómenos de empobrecimiento masivo (absoluto y relativo) de obreros y sectores populares durante las fases de crisis. La coexistencia de

inestabilidad política y continuidad democrática desde 1983 obliga a prestar atención a la relación entre relaciones de fuerza sociales y límites a la estabilización de la dominación política en ambos períodos. Puede formularse como hipótesis que la profunda derrota de la clase obrera en dos tiempos, durante la dictadura militar y durante la crisis hiperinflacionaria y la restructuración que le siguió, es parte de la explicación de la estabilización democrática, aunque esta también se inscribe en tendencias regionales y mundiales que se encuentran insuficientemente comprendidas.

REFERÊNCIAS

AGLIETTA, Michel. *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI, 1986.

ASTARITA, Rolando. *Valor, mercado mundial y globalización*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2004.

BASUALDO, Eduardo. *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

BONNET, Alberto. *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008.

BRAUN, Oscar & JOY, Leonard. *Un modelo de estancamiento económico—estudio de caso sobre la economía argentina*. Desarrollo Económico. Vol. 20, n° 80, enero – marzo 1981.

CANITROT, Adolfo. *La experiencia populista de redistribución de ingresos*. Trabajo presentado a la X Reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Política. Mar del Plata: 3 – 5 de noviembre de 1975.

CANTAMUTTO, Francisco & COSTANTINO, Agostina. *El modo de desarrollo en la Argentina reciente*. Mundo Siglo XXI. Vol. XI, Núm. 39, 2016.

CIFRA. *Propuesta de un indicador alternativo de inflación*. Disponible en [http://www.centrocifra.org.ar/docs/CIFRA%20-%20IPC-9%20\(Marzo%202012\).pdf](http://www.centrocifra.org.ar/docs/CIFRA%20-%20IPC-9%20(Marzo%202012).pdf).

DALLE, Pablo. *Movilidad social de las clases populares. Un estudio sociológico en el área metropolitana de Buenos Aires (1960 – 2013)*. Buenos Aires: CLACSO, 2016.

DIAZ ALEJANDRO, Carlos. *A note and impact of devaluation and distribution Effect*”. Journal of Political Economy. Vol. 71, No. 6, Dec. 1963.

GRAMSCI, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1998.

GRIGERA, Juan. *Las nociones de Estado y acumulación en el estructuralismo y el*

neoestructuralismo latinoamericanos: elementos para una crítica. Ciclos en la historia, la economía y la sociedad. N° 42/43, 2014.

HARVEY, David. *The limits of capital*, London: Verso, 2006.

HIRSCH, Joachim. *El aparato de estado y la reproducción social: elementos para una teoría del estado burgués.* En BONNET, Alberto & AUTOR (eds.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado.* Buenos Aires: Ediciones Herramienta, 2017 [Disponible en <http://www.herramienta.com.ar/ediciones-herramienta/estado-y-capital-el-debate-aleman-sobre-la-derivacion-del-estado>].

HIRSCH, Joachim. *Fordismo y posfordismo. La crisis social actual y sus consecuencias.* En HIRSCH, Joachim et al., *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista.* Buenos Aires: Tierra del Fuego, 1992.

HOBBSAWM, Eric. *Historia del siglo XX.* Buenos Aires: Crítica, 2006.

HOLLOWAY, John. *La reforma del Estado: Capital global y Estado Nacional. Perfiles Latinoamericanos.* N° 1, 1993.

_____. *Surgimiento y caída del Keynesianismo.* En Holloway, John, *Marxismo, Estado y Capital.* Buenos Aires: Tierra del Fuego, 1994.

IANNI, Valeria. *Argentina: ¿una totalidad o una parte del todo? Las relaciones entre espacio nacional y mercado mundial.* En BONNET, Alberto (comp.) *El país invisible. Debates sobre la Argentina reciente.* Buenos Aires: Peña lillo/Continente, 2011.

IÑIGO CARRERA, Nicolás; CAVALLERI, Stella y MURRINI, Marina. *La superpoblación relativa en Argentina actual: un ejercicio de medición.* En PIMSA *Documentos y comunicaciones.* PIMSA: Buenos Aires, 2012.

JESSOP, Bob. *State theory: putting the capitalist State in its place.* Cambridge: Polity Press, 1990.

LACLAU, Ernesto & MOUFFE, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.

MANDEL, Ernest. *El capitalismo tardío.* México: Era, 1979.

MANZANELLI, Pablo y BASUALDO, Eduardo. *La era kirchnerista. El retorno a la economía real, el desendeudamiento externo y las pugnas por la distribución del ingreso, 2003 – 2015.* En BASUALDO, Eduardo (ed.) *Endeudar y fugar. Un análisis de la historia económica Argentina, de Martínez de hoz a Macri.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

MASSANO, Juan Pedro. *Inviabilidad hegemónica y yuxtaposición de crisis en la transición democrática.* En *Actas de las IX Jornadas de Economía Crítica.* Córdoba: Sociedad de Economía Crítica de la República Argentina, 2016.

NEGRI, Antonio. *John Maynard Keynes y la teoría capitalista del estado en 1929.* En

NEGRI, Antonio, *La forma- Estado*. Madrid: Akal, 2014.

O'DONNELL, Guillermo. *Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976*. Desarrollo Económico. Vol. 16, No. 64, Ene. - Mar., 1977.

PINTO, Anibal. *Naturaleza e implicaciones de la 'heterogeneidad estructural' de la América latina*. El Trimestre Económico. Vol. 37, N° 145, 1970.

PIVA, Adrián. *¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo en el neopopulismo? Kirchnerismo y peronismo en la Argentina post 2001*. Trabajo y Sociedad. N° 21, Invierno de 2013.

_____. *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*. Buenos Aires: Biblos, 2012.

_____. *Clase y estratificación desde una perspectiva marxista*. Conflicto social. Vol. 10, N° 17, 2017b.

_____. *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires: Batalla de ideas, 2015.

_____. *El modo de acumulación de capital en Argentina (1989 – 2015)*. Ensamblés, N° 6, 2017 (en prensa).

_____. *Hegemonía, lucha de clases y estado*. Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico. N° 6, Setiembre/Octubre de 2009.

PORTANTIERO, Juan Carlos. *Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual*. En Oscar Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 1973.

_____. *Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973*. Revista mexicana de sociología. N° 2, 1977.

POULANTZAS, Nicos. *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*. México: Siglo XXI, 1986.

_____. *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI, 1986b.

PREBISCH, Raúl. *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

_____. *El desarrollo económico de la América latina y algunos de sus principales problemas*. Santiago de Chile: CEPAL, 1949.

SALAMA, Pierre & VALLIER, Jacques. *La economía gangrenada, ensayo sobre la hiperinflación*. México-Madrid-Buenos Aires-Bogotá: Siglo XXI, 1992.

SALVIA, Agustín et al. *Cambios en la estructura social del trabajo bajo los regímenes de convertibilidad y post-devaluación. Una mirada desde la perspectiva de la heterogeneidad estructural*. En SALVIA, Agustín, *Mercado de Trabajo, Distribución del Ingreso y Políticas públicas*. Buenos Aires: EUDEBA, 2008.

SALVIA, Agustín y VERA, Julieta. *Heterogeneidad estructural y distribución de los ingresos familiares en el Gran Buenos Aires (1992 – 2010)*”. Desarrollo Económico. Vol. 52, N° 208, 2013.

SINGER, Hans W. (1950) *The distribution of gains between investing and borrowing countries*. The American Economic Review. Vol. 40, N° 2, 1950.

TORRE, Juan Carlos. *Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo*. Desarrollo Económico. V. 28, N° 112, enero – marzo de 1989.

Resumo: Neste artigo, propomos apresentar algumas hipóteses sobre a relação entre o modo de acumulação e a hegemonia na Argentina para os períodos de 1955 a 1975 e 1989 a 2015. Durante os últimos vinte anos, trabalhamos nesse problema para o período aberto em 1989, portanto, tentamos reavaliar esses resultados de pesquisa, sua inscrição em uma perspectiva de longo prazo e a formulação de hipóteses comparativas que permitem especificar as transformações que ocorreram entre os dois períodos.

Palavras-chave: Argentina; Acumulação de Capital; Hegemonia.

Resumen: En este trabajo nos proponemos exponer algunas hipótesis sobre la relación entre modo de acumulación y hegemonía en Argentina para los períodos 1955 – 1975 y 1989 – 2015. Durante los últimos veinte años hemos trabajado sobre dicho problema para el período abierto en 1989, por lo tanto intentamos una reevaluación de dichos resultados de investigación, su inscripción en una perspectiva de larga duración y la formulación de hipótesis comparativas que permitan precisar las transformaciones ocurridas entre ambos períodos.

Palabras-clave: Argentina; Acumulación de capital; Hegemonía.